



FILOCALIA

Por Norma Novoa

La palabra Filocalia, traducida literalmente, significa “amor a la belleza” (filókalos), refiriéndose a la Belleza de Dios que se refleja en toda Su Creación” y a esa Belleza que mora en el corazón de cada criatura viva, por lo tanto podríamos traducir el término como “Amor al Señor. Pero el término Filocalia puede utilizarse simplemente como “antología de textos bellos”. Es en este sentido en el que la Iglesia Ortodoxa griega-rusa ha utilizado con frecuencia el término: para designar diferentes compilaciones de textos llamados “escritos de los Padres Habitados por Dios” (theophoroi), expresando la calidad espiritual de los monjes que han alcanzado la perfección. Son hombres que ya no se pertenecen a sí mismos, sino que el Espíritu Divino habla a través de ellos, y ellos sólo hablan en el Espíritu. Por esta presencia total de Dios en ellos, la Iglesia de Oriente concede a sus palabras y a los hechos de sus vidas casi la misma autoridad que a las Sagradas Escrituras. La “Filocalia” más conocida es una recopilación de textos que van desde los Padres del Desierto y la patrística en el siglo IV hasta obras

de autores bizantinos del siglo XIV, que han sido seleccionados durante el siglo XVIII, por san Macario, obispo de Corinto (1731-1805), y por san Nicodemo el Hagiorita (1749-1809), un monje del Monte Athos, en total se reconoce a más de treinta autores recopilados, y esta obra se puede considerar como el legado espiritual de la Iglesia de Oriente, cuyo fin esencial es *“la búsqueda de la perfecta gracia del Espíritu, llevada a cabo mediante la oración continua, fuente del conocimiento y de la plena expansión y realización que está en el interior del hombre, energía misteriosa puesta por Dios y que llama a Dios, la cual no está constituida por las facultades naturales del hombre, sino por esa potencia vital que es el mismo Espíritu Divino...”* (Nicodemo el Hagiorita)

La meta de esta magistral obra es despertar en el hombre el deseo de contemplar la belleza de Dios oculta en la Creación y el deseo de contemplar esa Belleza que está por encima de toda creación. Un deseo incontenible, insaciable, pero, al mismo tiempo, sereno, apacible, que aprende a esperar, a alcanzar su meta sin violentar nada ni a nadie. Deseo ardiente de ver a Dios. El camino a seguir es el logro de la pureza de corazón a través de la oración continua, que lleva a la “Visión de Dios”, al Conocimiento Perfecto. Un Conocimiento que es Amor al mismo tiempo, porque conocer a Dios es conocer el Amor, ya que Dios es Amor. Y conocer ese Amor supone ir transformán-

dose en Él y dejarse transformar por Él. Así se genera esa disposición del corazón que permite ir acogiendo más y más a Dios. En la doctrina filocálica, la continuidad en la oración presenta una progresión que, poco a poco, se convierte en un ejercicio de atención frente a todos los pensamientos que asaltan a la mente, para de esta forma, suprimirlos de raíz. Gracias a la constante atención, el espíritu alcanza una claridad interior que protege de toda perturbación. De este modo, es la atención quien introduce en una paz, una calma, una dulzura inefable y permanente en el corazón, gracias a la cual todo pensamiento se apacigua, y el devoto puede entregarse a la contemplación pura, sin ser distraído por ningún movimiento interior ni exterior. Los Padres filocálicos afirman, con toda contundencia, la experiencia de su unión con Dios. Una unión que no es una meta, sino un inicio inacabable, tan interminable como lo es la Esencia de Dios. Pero no por ello la experiencia de esta unión deja de ser plena y total: *“Porque la unión amorosa con Dios se eleva y se sitúa por encima de toda unión”*, dice Máximo el Confesor.

En todos los escritos recopilados se habla de la morada del corazón: *“Esfuérzate por entrar en el tesoro de tu corazón, y verás el tesoro del Cielo. Ya que el uno y el otro son una misma cosa. Considera que los dos tienen la misma entrada”* expresa San Isaac el sirio. El corazón es el centro del ser humano

en el que se unifican todas sus demás partes. La totalidad de nuestro ser es la que participa de la experiencia de Dios, a través del trabajo de unificación operado por el corazón. Es en el corazón, *“ese cuerpo instalado en lo más profundo del cuerpo”*, donde el hombre tiene la plena experiencia de Dios: *“El corazón de aquel que visita su propia alma en todo momento goza de las revelaciones. El que recoge en sí mismo su contemplación contempla la irradiación del Espíritu. El que ha conseguido vencer toda distracción contempla a su Maestro en el interior de su corazón”*, agrega san Isaac el Sirio.

En la morada del corazón, el hombre ve a Dios, que es el Uno y el Único, el Origen de todo. Y viendo al Uno, lo ve todo. Al respecto declara Simeón el Nuevo Teólogo: *“El que ve al Uno está en condiciones de contemplar el todo... De este modo, a partir del momento en que está en el Uno, lo ve todo. Pero, cuando está en el todo, entonces no ve nada. El que mira al Uno se ve a sí mismo y lo ve todo y a todos a través del Uno. Escondido en el Uno, no ve nada de lo que está en el mundo”*, porque se trata de una visión y un conocimiento diferentes de los que nos son habituales. La visión del Uno y del todo sólo es posible desde el amor que Dios mismo concede: *“El Espíritu revela la efusión y la amplitud de la sabiduría espiritual y, gracias a la copa que otorga este conocimiento, se adquieren los amores ardientes de Dios que nos despiertan”...*” *Habiendo*

entrado en el santuario del espíritu, te es dado ver lo invisible en las contemplaciones místicas y servir a Dios solo en el corazón de tu soledad, en las efusiones comunes del conocimiento y del amor”. Es decir, el amor se convierte en la cualidad del conocimiento, y el conocimiento, en la luz del amor.

Escribe Máximo el Confesor: *“En aquel cuyo espíritu tiende continuamente hacia Dios, incluso la avidez le hace aumentar su deseo ardiente de Dios, y su ardor se vuelve por entero hacia el amor divino. Porque el que ha conocido durante largo tiempo la iluminación divina se ha hecho todo él luminoso. Y, absorbiendo en sí mismo la parte de su ser sometida a las pasiones, ha conseguido reconducirla hacia el deseo de Dios, deseo ardiente e insaciable, y hacia el amor sin fin, haciéndola pasar totalmente de lo terrestre a lo divino”*. Este deseo ardiente de Dios es un estallido de amor en el corazón del hombre, que lo eleva por encima de todas las criaturas, tal elevación del amor es una inefable inclusión de todo lo creado; como dice nuestra Madre es una capacidad y potencia de amor por todo y por todos. Es un corazón (como el de ella) que arde por toda la creación, por todos los hombres, por los pájaros, los peces, por las bestias, los árboles, en fin, por todas y cada una de las criaturas.

*Por la Prof. Norma Novoa
Miembro del Colegio de Profesores de la Fundación Hastinapura*